

La búsqueda de la responsabilidad

Fernando Ángel Moreno

Philip Roth, uno de los más significativos autores de la actual narrativa estadounidense, nos ofrece en Némesis una muestra más de su preocupación y amor por la debilitada naturaleza humana y psicológica del hombre de nuestros días. Muy en su línea narrativa y argumentativa, Roth contempla con pasión y ternura la compleja psicología de su protagonista y nos advierte que su fracaso, el alejamiento de un grupo de niños e impedidos de la epidemia de polio que asoló a los Estados Unidos en 1944, es más fruto de su ignorancia e ingenuidad, algo que la sociedad actual nos inocula, que de la maldad en la que no nace el ser humano.

Philip Roth es quizás el escritor vivo más importante de los EE.UU., junto a Thomas Pynchon y Cormac McCarthy. No existe ningún novelista actual con mayor número de premios importantes que él, hecho al que debe añadirse que cada uno de sus libros sea recibido como un acontecimiento literario.

Pertenece a una importante generación de escritores judíos de la segunda mitad del siglo XX, como Primo Levi o el premio Nobel Saul Bellow, de quien se le considera heredero literario. Se le reconoce por su modo de enfrentarse a un nuevo paradigma cultural demolidor provocado por los grandes cambios históricos de mediados del siglo XX.

Roth se centra principalmente (aunque no exclusivamente) en el problema de los ciudadanos ju-díos dentro de las sociedades modernas, pero cualquier individuo puede verse reflejado en las inquietudes psicológicas y existenciales que plantea, vinculadas siempre con los recovecos más oscuros de la condición humana. Como fiel seguidor de Kafka que reconoce ser, a Roth le interesa la sensación de pérdida y de soledad, así como la falta de asideros vitales que tantas personas experimentan en el paradigma cultural contemporáneo.

Entre su extensa e importante producción destaca su trilogía *Pastoral Americana* (1997), *Me casé con un comunista* (1998) y *La mancha humana* (2000), donde toca importantes cuestiones de la sociedad actual. Pese a su compromiso humano y sus constantes referencias a lo socio-histórico, no llega a mostrar en sus obras una clara vinculación con ninguna ideología, sino una manifiesta solidaridad empática con las debilidades del espíritu humano.

Precisamente en sus últimas novelas ha profundizado en los problemas de responsabilidad del individuo ante los propios actos y ante las consecuencias que su existencia produce en su entorno, como una culminación trágica de lo que su-

pone ser un ser humano comprometido. El novelista se obsesiona así por entender las cavidades oscuras de los pensamientos, en una profundización de esas extrañas actitudes que en la vida real despachamos con sencillos reduccionismos del tipo: «No supo llevarlo», «Él es así» o simplemente «Es una persona rara, no les des vueltas», como en *Indignación* (2008) o en *Elegía* (2006). Roth siempre parece gritarnos: nuestras vidas y nuestras mentes son mucho más complicadas; no las banalicemos.

Pese a lo que podría parecer, debido a esta idea, si algo caracteriza la obra de Roth es su crueldad con los personajes, que a menudo son destruidos por sí mismos, por no saber vivir. Y, sin embargo –al contrario que la vacía y prepotente crueldad de, por ejemplo, Camilo José Cela–, la brutalidad de Roth siempre es tierna, siempre mantiene un poso de tristeza y de amor hacia los seres humanos. No recuerdo novela alguna de Roth en la que el más absurdo e inmoral de los personajes no haya sido tratado con cariño y con intento tras intento de explicación psicológica. No parece que Roth crea en un mal innato, sino –como afirmaría Sócrates– en el mal creado por nuestra ignorancia, por nuestra ingenuidad al enfrentarnos a acontecimientos que quedan muy

La búsqueda de la responsabilidad

por encima de nuestras capacidades. Con ello, no afirmo que Roth perdone las malas acciones, sino todo lo contrario: funde las acciones con la persona y con sus circunstancias de un modo en que se explica el funcionamiento de nuestra postura ante ellas. En este sentido, sus relatos parecen literaturizaciones de la sentencia: «El carácter de un hombre es su destino».

Precisamente su última novela, *Némesis* (2010), publicada hace poco por Mondadori en nuestro idioma, es una magnífica muestra de esta obsesión. En ella se nos narra el enfrentamiento de un joven profesor de educación física estadounidense con las terribles circunstancias que le tocan vivir: la epidemia de polio que sufrió EE.UU. en 1944, con una alta mortalidad infantil, al mismo tiempo que la experiencia de la Segunda Guerra Mundial.

En ella, un chico de veintitrés años –en aquellos tiempos, ya un hombre adulto, sin duda– se echa sobre los hombros el bienestar y el apoyo a las familias de las víctimas de la enfermedad.

A partir de aquí, la novela trata ese tipo de terribles problemas que parece que «nunca ocurren» y que en realidad es solo que «nunca me ocurren a mí», evidentemente hasta que empiezan a ocu-

rrirme. De este modo, presenta ese tipo de pruebas que la vida nos vuelca con toda su crudeza y brutalidad, y ante las cuales no hay salida satisfactoria del todo.

Para ello, Roth explota su mejor recurso, ya propuesto por autores como Faulkner o el citado Saul Bellow: las constantes vueltas al pasado en busca de sentido, en busca de paz, de entendimiento, sin por ello caer en digresiones ni afectar al ritmo de la narración. Con esta fusión de pasados, presentes y futuros, el novelista nos muestra las vidas de las personas como un conjunto cerrado, comprensible, con coherencia en sí mismo, aunque casi siempre sin sentido cuando se trata de encontrar maldad en el corazón humano.

Al mismo tiempo, define con minuciosidad cada personaje, con breves pinceladas poéticas y expresivos y precisos diálogos de unos personajes en busca de alguna trascendencia.

Precisamente, para mostrar esta búsqueda de trascendencia donde solo hay dolor, divide la novela en tres partes muy diferenciadas: el enfrentamiento con el problema, la búsqueda de la paz mediante la huida de la responsabilidad y el «castigo» final. Es precisamente en esta tercera parte donde se nos narra el choque entre un ateo ma-

terialista y un judío –el protagonista– enfadado con Dios, fatalista e incoherente respecto a su propia religión y a su lugar en el Universo. Son dos visiones opuestas, y ninguna de ellas capaz de encontrar una solución absoluta a las tragedias de la vida. Ambas actitudes invitan a la reflexión y, por supuesto, a centrar toda la responsabilidad de la persona en su propia vida o, para ser más exactos, en la propia actitud ante la vida, sean cuales sean las tragedias que a uno le rodeen. Insisto en este hecho: si ha de extraerse una conclusión clara de la obra, es que los seres humanos son responsables de sus propias acciones y actitudes, y Roth muestra este hecho con toda su crudeza.

Por consiguiente, el escritor no concede más solución que la de fortalecerse, sin caer en autoflagelaciones que en nada ayudan a la propia persona ni a sus seres amados, aunque detrás quede lo más terrible (la muerte de niños en la que el protagonista se ve implicado) y la duda sobre la influencia de los propios actos. Esa estrecha línea entre responsabilidad personal, autocastigo y continuación de la propia vida es dibujada con gran minuciosidad para que cada

lector extraiga sus propias conclusiones y las aplique a su propia existencia. En este sentido, *Némesis* es una invitación a vivir y a que el lector sitúe las causas y las consecuencias en los sitios que les corresponden, más allá del dolor personal.

Todo ello es narrado con una sobriedad y una claridad admirables, con escasos retazos se recrea el ambiente de la época, las actitudes de las personas y los tipos de vidas que se tenían en Newark, en 1944, sin que el ritmo ni la fluidez decaigan en ningún momento.

Que Roth ama a sus personajes, que siente lástima por la pequeñez psicológica que tenemos como especie, se entiende sin problema con las últimas líneas de *Némesis*, donde se despide de su protagonista describiéndole como el héroe que fue, con todo el potencial de la gran persona en que podía haberse convertido. El amor por la humanidad nunca ha sido tan grande, desde mi pobre perspectiva, que en casos como los de Cervantes, Shakespeare o en este de Philip Roth, quienes miran de lejos a los hombres y les entienden y les sufren y, cuando está en sus manos, escriben una novela para entenderlos. ■